



II

El sacerdocio católico

Sermón panegírico pronunciado en la iglesia de las Trinitarias, en la primera misa del joven presbítero doctor don Felipe A. de Piérola, Diciembre de 1867.

..... *Assimilatus autem Filio Dei, manet sacerdos in perpetuum. Intuemini autem quantus sit hic....*

Imagen del Hijo de Dios, queda el sacerdote eternamente. Contemplad ahora cuán grande sea éste. S. Pablo á los Hebreos, Cap. VII, vs. 3 y 4.

Ilmo. y Rvdmo. Señor, (1)

Señores:

UN hombre inmortal, ha cantado, con célica inspiración, la incomparable excelencia del Testamento nuevo. Y al contemplar la majestad imponente y la dignidad sublime del sacerdocio cristiano, formula con sencillez este profundo pensamiento: ASSIMILATUS AUTEM FILIO DEI, MANET SACERDOS IN PERPETUUM. Es Pablo, que ha cambiado la cuchilla del perseguidor por la pluma del apologista. Meditad conmigo los misterios que entrañan sus inspiradas palabras, sondeemos las profundidades de ese abismo de grandeza que se llama el

(1) El Ilmo. y Rvdmo. señor doctor don Juan A. Huertas, dignísimo Obispo de la diócesis de Puno.

sacerdocio de la nueva ley, y procuremos bosquejar el grandioso cuadro de esta institución magnífica, que guarda en su seno todos los secretos del cielo y todas las miserias de la tierra, y que lleva en sus manos, junto con las llaves del cielo, los destinos de la humanidad. Precisaré mi pensamiento. En presencia de un nuevo sacerdote, que sube temblando las gradas del altar, para ofrecer á Dios el Cordero sin mancilla, tengo esta palabra que deciros:

El sacerdocio evangélico es grande y excelente, con la misma grandeza y excelencia que el sacerdocio de Jesucristo: ASSIMILATUS FILIO DEI, MANET SACERDOS IN PERPETUUM. Merece, por tanto, el mismo tributo de veneración y de amor. INTUEMINI AUTEM QUANTUS SIT HIC. Tenéis ya indicado el objeto de mi discurso y de vuestra religiosa atención.

¡Inmaculada María!, ¡Madre purísima del sacerdote eterno!, alcánzame un rayo de luz y una centella de amor, á fin de que mi palabra instruya y edifique al pueblo que me escucha. Ave María.

INTRODUCCIÓN

Acababa de realizarse el inefable misterio del nacimiento de Jesús; aun no se habían perdido las últimas notas del himno triunfal, que resonó sobre su cuna; todavía estaban frescas las primicias de su sangre derramada por el mundo; cuando viene á sorprendernos una tierna y conmovedora escena. Sobre las trémulas rodillas de un anciano venerable reposa un niño de encantadora belleza; su frente irradia la luz de la inspiración; su pecho palpita con inusitada violencia y sus labios murmuran misteriosas palabras. Un santo viejo y una púdica doncella las escuchan en admiración silenciosa y las inmensas bóvedas del templo de Jerusalén las repiten con religioso respeto. ¿Y qué dice, señores, este hombre singular? Dice que el destino de este niño y el porvenir del mundo están ligados para siempre; que

los hombres y las sociedades han de salvarse, si lo siguen, y han de perderse, si lo abandonan; y esto con tan justa precisión é inevitable necesidad que sólo serán felices, militando bajo su bandera, y sólo serán desgraciados, desertando de sus filas. Respecto de él, la indiferencia es imposible: hay que escoger forzosamente entre ser su amigo y salvarse, y ser su enemigo y perderse. ECCE POSSITUS EST HIC IN RUINAM ET IN RESURRECTIONEM MULTORUM IN ISRAEL (1). Palabras á un mismo tiempo consoladoras y terribles, que caracterizan, por completo, el sacerdocio de Jesucristo, exhibiéndolo, de una vez y para siempre, como único Salvador de la humanidad perdida. La oración del Cristo será escuchada y trocará en bendiciones de misericordia los anatemas de la justicia; la doctrina del Cristo será confirmada y llevará la luz á las regiones de la inteligencia; el perdón de Cristo será ratificado y derramará el consuelo en los corazones ulcerados; y por este triple ministerio será El solo la única figura en la historia de la humanidad, que todo lo restaura, que todo lo pacifica y á la que todo se refiere; é instituirá entre los hombres el ministerio público de la oración, de la enseñanza y de la reconciliación, á fin de perpetuar en la tierra su eterno sacerdocio, siendo El, ayer, hoy y en los siglos, CHRISTUS HERI, HODIE ET IN SAECULA, único Mediador y Víctima agradable; y los que continúan su obra semejantes á él con admirable propiedad: ASSIMILATUS AUTEM FILIO DEI, MANET SACERDOS IN PERPETUUM. Ya lo véis, señores: el sacerdocio de la nueva ley es tan excelente como el de Jesucristo, porque prosigue en la tierra, con la misma autoridad é idéntica eficacia, el triple ministerio de la oración, de la palabra y del perdón. Entre mos en materia.

(1) San Lucas, c. II, v. 34.

I

Cerca de la ciudad de Jerusalén, y apenas consumada la obra de la redención, se realiza la inmolación de Esteban, joven levita, que ciñe, el primero, la corona del martirio. No pasan muchos días, y en el camino de Damasco cae derribado, por súbito esplendor, el orgulloso Saulo, loco mancebo, que lleva en el pecho la venganza y en las manos el acero, para sembrar entre los cristianos la desolación y el terror. Opérase en su alma una transformación radical. El enemigo ardiente de Cristo Jesús ha cedido el puesto al intrépido Apóstol, vaso de elección, escogido por Dios para engrandecer su nombre, delante de los pueblos y en presencia de los reyes. Señores, el clamor de la sangre de Esteban atrajo sobre su enemigo Saulo, misericordia y perdón, porque el generoso confesor oró, al morir, por todos sus verdugos. La portentosa eficacia de esta oración os dará la medida de lo que pueden, cerca de Dios, las súplicas de sus ministros. El sacerdote es el ángel de paz que sube la escala de Jacob, en alas de su oración, para presentar al Señor los votos de los hombres, y desciende luego á derramar entre sus hermanos los dones celestiales; es Moisés que levanta los brazos, clamando por su pueblo, para que no lo hiera la justicia divina; es nuestro Señor Jesucristo, que pide á su eterno Padre por los que le había confiado, á fin de que todos fuesen un solo rebaño y un solo Pastor. Y si Dios ha prometido conceder todo lo que le pidieren en nombre de Jesús ¿qué podrá rehusar al amigo de su corazón, al confidente de sus secretos, al representante de su autoridad? ¡Cuántas veces nos han sorprendido las extraordinarias conversiones del pecador y del impío, cuando los hemos visto poner en el polvo su cabeza criminal y regar con lágrimas el lecho de su descanso y el pan de su alimento! El mundo animal, como no

comprende las cosas divinas, atribuye siempre á principios egoístas y mezquinos esos cambios radicales y profundos, que humillan su arrogancia, deprimen su fuerza y confunden su malicia. Si queréis conocer la verdadera causa de tan consoladores sucesos; si deseáis saber de donde ha partido el rayo poderoso que ha pulverizado los ídolos, en el momento mismo de recibir, en homenaje, adoraciones fervientes; buscadlos en la oración del sacerdote que llora en la amargura de su alma, entre el vestíbulo y el altar, los pecados de los hombres, exhalando en hondos gemidos de su corazón, el dolor que experimenta por las ofensas de su Dios. Y si consideramos al sacerdote, como único y verdadero sacrificador de la víctima de propiciación, ¡ah! señores, son inenarrables los prodigios que realiza su santo ministerio. ¡Ministros inexorables de la cólera divina! ¿cuántas veces habéis envainado la espada de su indignación? ¿cuántas veces se ha deshecho en benéfica lluvia la tempestad que amenazaba estallar sobre las cabezas culpables de los hijos de Adán? ¡Ángeles tutelares de las sociedades humanas!, contadnos, si podéis, cuántas veces han escollado los proyectos de la iniquidad en un obstáculo invisible, contra todos los cálculos de la prudencia humana; cuántas otras la inesperada solución de gravísimas cuestiones ha burlado, por completo, las maquinaciones de la demagogia y los consejos de los Príncipes. ¡Ángeles custodios del hombre!, numerad, si es posible, los delitos impedidos, las virtudes engendradas, las tentaciones vencidas y todo ese cúmulo de obras meritorias de todos los Santos, y decidnos entonces, cuanto bien se ha producido y cuanto mal se ha evitado sobre el orbe de la tierra. No busquéis, señores, la explicación de estos hechos, ni en las leyes de la naturaleza, ni en los dictados de la política, ni en las encontradas inclinaciones del corazón humana. Eso sería juzgar, según las apariencias. Buscadla

sobre nuestros altares, entre las puras manos del sacerdote, que ofrece á Dios una hostia inmaculada. Sí, señores, un oscuro sacerdote, ignorado de los hombres, decide mejor la suerte de los individuos y los destinos de los pueblos que los juicios inciertos de la ciencia humana y los vacilantes consejos de la prudencia de la carne. Ya lo veis, señores, el ministerio público de la oración, fielmente desempeñado por el sacerdocio cristiano, renueva en la tierra el gran prodigio de la conservación de la Iglesia y de las sociedades humanas, y detiene en el cielo el brazo armado de la divina justicia. Por esta razón el sacerdote evangélico es semejante en dignidad á Nuestro Señor Jesucristo, quien hizo paces y súplicas por todos nosotros y fue escuchado por la reverencia y respeto debidos á su caracter. ASSIMILATUS AUTEM FILIO DEI, MANET SACERDOS IN PERPETUUM—INTUEMINIAUTEM QUANTUS SIT HIC.

II

Al transmitir nuestro Señor Jesucristo á sus Apóstoles su divina misión, les dijo: "Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad á todas las gentes" (1). Desde ese momento solemne, queda confiada la santificación de los hombres al ministerio de la palabra. Doce pescadores viajan por el mundo; los ídolos caen derribados; la sangre de los confesores empapa la tierra; nuevos atletas suceden en la lucha á los que han sucumbido; los santos misterios se consuman en las tinieblas de la noche y en las profundidades de la tierra. Pasan tres siglos de esforzada pelea y ardoroso combate, y, al fin, sobre los mutilados restos de la idolatría se alzan majestuosos los templos cristianos; la veneración y el amor consagran para siem-

(1) Data est mihi omnis potestas in coelo et in terra. Docete omnes gentes. S. Mateo, c. XXVIII, vs. 18 y 19.

pre los sepulcros de los mártires; los altivos Césares rinden su cabeza al yugo del Evangelio y la cruz de Jesucristo, escándalo para los judíos y locura para los gentiles, es ya signo de paz y de amor, saludado con gratitud y recibido con respeto. ¿Y porqué, señores, está transformación tan completa? Porque el sacerdocio de la nueva ley ha desempeñado fielmente el ministerio de la palabra, que había recibido del Señor Jesús. Y, después, en toda la prolongación de los tiempos y en toda la extensión del orbe de la tierra ¡cuántos impíos vueltos de la impiedad á las inefables dulzuras de la Religión!, ¡cuántos endurecidos pecadores cambiados de repente en fervorosos cristianos!, ¡cuántos justos ortalecidos en la práctica de las virtudes! ¡Ah, Señor! y quién podrá contar los numerosos prodigios que obra tu palabra omnipotente. de cuyo primer acento brotó un mundo de infinitos seres! Señores: la palabra de Dios, enseñada por el magisterio de la Iglesia, es la más poderosa y eficaz de las fuerzas morales que gobiernan al mundo. Sí, porque esa palabra predica la justicia, regla suprema y fin único del orden moral. Esa palabra enseña al ignorante, consuela al afligido, fortifica al débil, aterra al criminal; remediando así todas las necesidades y curando todas las dolencias. Esa palabra resuena en todas partes: en la populosa ciudad y en el desierto campo; en los oídos del rico y en el corazón de pobre; bajo las elevadas bóvedas de los templos cristianos y en toda la extensión del firmamento; en el seno de una muchedumbre recogida y en el interior de una tribu salvaje; aplaudida, unas veces, por las lágrimas, suspiros y gemidos de un pueblo penitente; y otras veces, recibida con indiferencia, rechazada con desdén ó calumniada con crueldad; siempre triunfante, porque escrito está que el cielo y la tierra pasarán, pero la palabra del Señor no pasará. Y si ponemos los ojos en las instituciones sociales ¿quién ha hecho respetable

al niño y grande á la mujer? ¿A quién se debe la organización de la familia, fruto precioso del matrimonio cristiano? ¿Quién ha rodeado á la autoridad de honor y de prestigio? ¿A quién se debe la moderación en la guerra, la generosidad con el vencido y la suavidad general de las costumbres? Indudablemente la idea cristiana, profundamente arraigada en el seno de las sociedades por la predicación evangélica, es el principio de ese movimiento de radical transformación y de completa mudanza. Hoy, las sociedades modernas cierran el oído á esa palabra de vida y de salud para tenerlo abierto al ruido de la materia y á la confusa gritería de falsos profetas y pérfidos doctores. ¡Ingratas! En el seno de la Iglesia, vieron la luz y sintieron el amor; y ahora viven en tinieblas y se alimentan de odio. Ah! señores, vuelvo á repetirlo, si los reformadores de los pueblos no edifican sobre la piedra que han reprobado, tropezarán con ella en su camino, lucharán vanamente por apartarla de su paso, y al fin sucumbirán ellos y su obra ante ese obstáculo invencible, porque escrito está que nadie puede poner otro fundamento que el que ha sido puesto, Cristo Jesús. Y ya tenéis comprobado el segundo argumento de la excelencia del sacerdocio cristiano, á saber, que continúa en la tierra el ministerio de la enseñanza, que comenzó Cristo en el pueblo de Israel. "ASSIMILATUS AUTEM FILIO DEI, MANET SACERDOS IN PERPETUUM.

III

Encontrábase el Salvador en casa de un fariseo, y una mujer, con tímido paso y acongojado semblante, se postra á sus pies, los riega con sus lágrimas, los enjuga con sus cabellos, imprime sobre ellos ósculos de amor y los unge y perfuma con especial diligencia. Recibió en recompensa el perdón de sus pecados. REMI-

TUUNTUR TIBI PECCATA (1). ¿Con qué es cierto, Señor, que hay perdón para el pecador arrepentido? ¿Con qué es verdad que, prosternándose en tu presencia y clamando hacia ti con humilde acento y llorando á tus pies con ánimo contrito, se puede escuchar de tu divina boca esta palabra de consuelo, REMITTUUNTUR TIBI PECCATA? Y cuando se cierran para nosotros tus di vínos labios ¿quién pronunciará sobre mi cabeza culpable la sentencia del perdón? ¿Ni quién podría hacerlo si tú no le comunicas esa potestad augusta? Y ciertamente, señores, la ha transmitido íntegra y perfecta al sacerdote de la nueva ley. Después de su resurrección, apareció Jesús en medio de sus discípulos, les deseó la paz que había traído á la tierra, les mostró las llagas de sus manos y de su costado, sopló sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo; los pecados que remitieréis serán remitidos y los que retuviéreis serán retenidos". ACCIPITE SPIRITUM SANCTUM, QUORUM RENUERITIS PECCATA, REMITTUNTUR EIS, ET QUORUM REMISERITIS, RETENTA SUNT (1). Ya está instituido el gran ministerio de la reconciliación del hombre con Dios. ¡Oh misterios indecibles del amor de Dios para con el hombre! ¿No os abisma, señores, contemplar á la criatura, en posesión de esa inmensa potestad? Medid la divina grandeza y la humana miseria, y tendréis idea de lo que es el pecado, y podréis calcular cual y cuan grande sea la potestad que lo remite ó retiene, quedando confirmadas en el cielo estas sentencias de la tierra. Y si queremos entrar en los detalles de su ejercicio ¡cuántos ignorantes han sido ilustrados en el sagrado Tribunal, ¡cuántos pecadores indiferentes sobre su triste estado han sido tocados por la gracia, en esos felices momentos, en que el alma se abre á todas las impresiones y es sensible á todos los

(1) San Lucas, c. VII, v. 48.

(1) S. Juan, c. XX, vs. 22 y 23.

estímulos!, ¡cuántos otros inveterados en el crimen han quebrantado por el dolor su empedernido corazón!, ¡cuántos profanadores desgraciados han venido á romper, por las industrias caritativas de un buen sacerdote, el criminal silencio, sostenido por largos años, bajo las engañosas apariencias de una falsa virtud! Y si consideramos las conciencias que se reforman, las pasiones que se combaten, los vicios que se destruyen, las virtudes que se practican, las resoluciones que se abrazan, ¡oh! señores: se presentará á nuestros ojos un mundo de beneficios, que excede toda ponderación y medida. Y si apartando la vista del sagrado Tribunal, la ponemos en sus efectos externos y visibles, pasarán delante de nosotros la paz de los matrimonios, la tranquilidad de las familias, el respeto á la vida y á la propiedad, la obediencia á la autoridad y á las leyes, la recta administración de los negocios públicos, en una palabra, la prosperidad general con el inseparable conjunto de todos sus bienes. Y ¿será acaso menos estimable la causa que produce tan saludables efectos, sólo por ser secreta y escondida? ¿O acaso se la suprime, para no reconocer al sacerdocio católico su necesaria intervención en la ventura pública? ¿O quizá se intenta corromper positivamente á la sociedad, sin ruborizarse de emplear con ese fin la maledicencia y la calumnia? No lo sé, señores; pero sí os digo que ya se percibe en el seno de las familias y de la sociedad un movimiento de aversión al Tribunal de la penitencia, que suele ocultarse muchas veces bajo el manto de las buenas ideas y hasta de una simulada piedad signo inequívoco de verdadera decadencia, en el orden cristiano. Entretanto, la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo, continuará ejerciendo el ministerio de la reconciliación, que le confió su Divino Fundador, y ostentará, por lo mismo, este rasgo de semejanza, con su celestial Esposo. ASSIMILATUS AUTEM FILIO DEI, MANET SACERDOS IN PERPETUUM.

CONCLUSIÓN

He procurado manifestaros que el sacerdocio católico cumple, sin descanso, la grandiosa tarea de la regeneración del mundo, ejercitando, sin cesar, los tres ministerios de la oración, de la enseñanza y del perdón. Así conserva siempre, pura y sin mancha, su perfecta semejanza con el sacerdote eterno, Cristo Jesús. ASSIMILATUS AUTEM FILIO DEI MANET SACERDOS IN PERPETUUM. Réstame invitaros á que tributéis conmigo á esa institución venerable un justo homenaje de respeto y gratitud. INTUEMINI AVIEM QUANTUS SIT HIC.

¡Pontífice inmortal!, tres veces coronado, porque, sobre la corona de Sacerdote y de Rey, llevas todavía la venerable corona del infortunio! nosotros os saludamos, con toda la efusión de una alma agradecida. Os reconocemos y acatamos como al Vicario de nuestro Señor Jesucristo sobre la tierra, y, por tanto, tenemos por una enseñanza, cada una de vuestras palabras; por un mandato, cada uno de vuestros deseos, y por una prenda de felicidad cada una de vuestras bendiciones. ¡Órdenes contemplativas! que veláis día y noche en la presencia del Señor, llevando en las manos la luz de la fe y en los corazones la llama de la caridad; en vuestro seno depositamos nuestras incertidumbres, nuestros temores y nuestras esperanzas, aguardando de vuestras oraciones la seguridad, la paz y el consuelo. ¡Infatigables pregoneros de la buena nueva! que soportáis el peso del día y del calor, sembrando sin descanso, en el campo del Señor, la divina semilla; en el cielo recibiréis la justa recompensa de vuestros trabajos apostólicos, ya que en la tierra no podemos ofreceros sino el pequeño tributo de nuestro tierno amor y profunda veneración. ¡Ministros celosos del sacramento de la penitencia! que ablandáis con vuestras lágrimas los endurecidos corazones, y derramáis, como el Sama-

ritano, el bálsamo del consuelo en las heridas del alma nosotros besamos con respeto las huellas de vuestro tránsito y aplaudimos con vehemencia vuestro celo fervoroso. ¡Sacerdotes todos de la nueva ley! la corona del magisterio ciñe vuestras sienes; el dón de la sabiduría reposa en vuestros labios; en vuestras manos se inmola el Cordero inmaculado; son hermosos vuestros pies, que evangelizan la paz!.....

¿Lo has escuchado, hermano mío? Eres grande entre los hijos de los hombres, porque has sido segregado, de entre ellos, para ofrecer dones y sacrificios por sus pecados. Su salvación es la única obra de que estás encargado; desde hoy, hermano mío, no puedes salvarte solo, ni perderte solo; á ellos pertenecen tus cuidados, tus vigiliás, tus talentos, tu vida y tu muerte; sus necesidades y aflicciones deben ser las tuyas; nada debe dolerte, como sus pecados, ni nada alegrarte, como su fidelidad; que no te desalienten sus miserias; toca siempre á las puertas de su corazón; espéralos con paciencia; recíbelos con amor; derrama lágrimas sobre su impenitencia, no olvidando que más gozo hay en el cielo por la conversión de un pecador que por la perseverancia de noventa y nueve justos. Siguiendo esta línea de conducta, herirá tu oído esta consoladora palabra: "siervo bueno y fiel, porque has sido fiel en lo poco te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu Señor" (1). Así sea.



(1) *Serve bone et fidelis quia super pauca fuisti fidelis, super multam te constituam, intra in gaudium Domini tui. San Mateo, c. XXV, v. 23.*



III

Santísimo Sacramento

Sermón panegírico pronunciado en la iglesia de San Lázaro el día 28 de Junio de 1868

*Parasti in conspectu meo mentem adversus eos qui tribulant me.
Me has preparado. Señor. un banquete contra aquellos que me atribulan
Salmo. XX 11, v 5.*

Mis hermanos:

SÓLO la infinita sabiduría del Dios caridad pudo hacernos encontrar el soberano remedio del pecado en la tentación misma, que causó la ruina del humano linaje. Seréis como Dioses, dijo la serpiente á nuestros progenitores, quienes, seducidos con la perspectiva de tan sublime engrandecimiento, creyeron esa palabra de mentira, desobedecieron el mandamiento de su Dios y Señor y se precipitaron en el espantoso abismo de todas las miserias. Sobre el borde de ese abismo resonó, en la plenitud de los tiempos, una palabra de misericordia y de verdad: era la dulcísima voz del Dios Redentor que pretendía rehabilitar á la humanidad degenerada, verificando la engañosa promesa del espíritu de tinieblas. El hombre se perdió porque quiso, con inaudita insensatez,